

**LITERATURA DEL NOA E INMIGRACIÓN ITALIANA. LUZ DE LAS CRUELES PROVINCIAS,
DE HÉCTOR TIZÓN, Y AUGUSTUS, DE LILIANA BELLONE**

Lucila Rosario Lastero
Universidad Nacional de Salta

Migrar es algo así como nostalgia desde un presente que es, o debería ser pleno, las mismas distancias o estancias que se dejaron allá y entonces, un allá y un entonces que de pronto se descubre que son el acá de la memoria insomne pero fragmentaria.

Antonio Cornejo-Polar

La oleada inmigratoria de principios del siglo XX significó que un innumerable grupo de personas de procedencia italiana se instalara en territorio argentino. La mayoría fijó su lugar de residencia en Buenos Aires o en otras ciudades de la pampa húmeda, mientras que varios eligieron provincias más lejanas al puerto y algunos pocos se establecieron en poblaciones pequeñas de estas provincias, la mayoría de las veces con el fin de subsistir a través de las tareas del campo. En varias ocasiones, las circunstancias no dejaron espacio para la elección, y muchos inmigrantes europeos se vieron obligados a desplazarse hacia lugares recónditos del país, cuando esa soledad y ese alejamiento fueron sinónimo de trabajo.

En este recorrido nos referiremos a la textualización de aquel proceso que significó la adaptación de inmigrantes italianos a pequeñas localidades del norte del país. Es decir, atenderemos a casos de ficcionalización de aquellas situaciones que implicaron, por parte del inmigrante europeo, un excesivo alejamiento espacial y cultural con respecto a su lugar de origen, y que otorgaron características particulares a la crisis identitaria que estos sujetos debieron afrontar.

En las novelas *Luz de las crueles provincias* (2002)¹ de Héctor Tizón y en *Augustus* (1999)², de Liliana Bellone, los personajes viven y sufren la circunstancia de estar lejos de su país

¹ Esta obra fue publicada por primera vez en 1995 y fue ganadora del Premio de los Dos Océanos, otorgado en Francia a la mejor novela de autor latinoamericano. Aquí nos manejaremos con una edición del año 2002.

² Esta novela fue publicada por primera vez en el año 1992, y fue ganadora del Premio Casa de las Américas en el año 1993. Aquí, las citas se realizarán sobre la edición del año 1999.

pero, además, rodeados por la soledad y la excesiva distancia espacial y socio-cultural. En *Augustus*, los fundadores de la familia se radican en Campo Santo, un pequeño pueblo de Salta. En *Luz de las crueles provincias*, sólo se menciona que se trata de un “remoto lugar del norte del país” (73) y, por ciertos datos geográficos, se infiere que es un pueblo de Jujuy. Ambos textos relatan la historia de núcleos familiares y sus derroteros para adaptarse a la nueva, y abismalmente diferente, tierra.

En este trabajo nos detendremos en la observación de tres ejes básicos que atraviesan ambos textos y se imbrican entre sí: la identidad, la memoria y la percepción del espacio - en vínculo con la dupla campo-ciudad-, dando cuenta de sus relaciones y su construcción discursiva. Desde una perspectiva comparativa, se intentará mostrar cómo, con respecto a la identidad del inmigrante y su empalme con la memoria personal y colectiva, las novelas estudiadas adoptan puntos de vista parcialmente diferentes, pero que finalmente derivan en similares sentidos y representaciones.

Identidad, memoria, espacio

En *Luz de las crueles provincias*, Giovanni y Rossana, la pareja italiana que emprende el viaje hacia la Argentina, llega desde una pequeña aldea de Italia, en busca de una Buenos Aires que los acogiera con trabajo y con una vida apropiada a lo que se espera de una gran ciudad. En estos personajes se ve reflejada la ilusión hiperbólica del inmigrante italiano ante la tierra argentina a principios de siglo:

“Se decía, en una época, que Argentina era la nación más rica de Sudamérica y que en este país, desmemoriado y tan extenso como un océano, donde millones de vacas, caballos, corderos y gallinas vagabundeaban por sus pampas y entre el norte y el sur mediaban meses de camino, todo era posible [...] y muchos, también, podían haber oído decir, entonces, que, en Buenos Aires, todos los hombres hablaban todas las lenguas y cualquiera que tuviese una propia podría entenderse con cualquier otro en la suya. Una ciudad en la que cabían varias veces Nápoles y Palermo y toda Calabria y Sicilia y Galicia y el país de los polacos e incluso mucha otra gente que ni siquiera era católica. Un país de leche y de miel y de afortunados buscadores de oro”. (25)

Rossana, la protagonista heroína que se sacrifica por su marido mientras él busca trabajo sin resultado, hasta llegar al punto de trabajar ella misma a escondidas, dice sentir que su vida es la voluntad de los demás, y manifiesta no captar demasiado la diferencia entre uno y otro lugar, ya que “ahora estaba entre otras gentes, en otro país, pero en lo esencial todo era igual, el frío o el calor, las noches, la pobreza, la vida por delante y la enfermedad, el infortunio, los hijos por nacer, la muerte” (39-40). Cuando Giovanni afirma “Italia se ha

hundido de todos modos” (57), ella se sorprende de escuchar aquel nombre de país, ante lo que él se rectifica: “Nuestro pueblo, quiero decir. Se ha hundido” (57). Giovanni y Rossana no tienen demasiada conciencia de su propia procedencia, de su propio origen. Su percepción sólo les permite advertir que están en otro lado y que es simplemente distinto el paisaje y la gente, pero la existencia, con su ciclo inevitable de vida y muerte, es la misma.

En *Augustus*, Giovanni Campassi, el padre, funda la familia en Campo Santo y se esmera por obtener un lugar acomodado en la sociedad, una posición de prestigio que pueda reivindicarlo de su condición de inmigrante. En este personaje se advierte el sentimiento de inferioridad que lo impulsa a querer ser un notable, para sanear su condición de extranjero. Para lograr su objetivo, invierte en la educación de sus hijas y, luego, busca casarlas con honorables caballeros. Pero los planes caen rápidamente ya que Clara y Elena, las hijas rebeldes, rechazan a sus prometidos para vivir historias de amor con los gauchos Pablo Iriarte y Ángel Iriarte respectivamente, criollos bárbaros que terminan seduciéndolas para luego abandonarlas, dejándolas de por vida solteras, sin fortuna y deshechas moralmente.

La lectura pionera de Gerárd Genette (1989) puede resultar hoy reduccionista, pero es efectiva para analizar los fenómenos de intertextualidad literaria. En *Augustus* son múltiples las modalidades intertextuales, específicamente literarias, como la cita directa de hipotextos (el epígrafe de Honoré de Balzac, el título con clara referencia a la literatura clásica greco-latina), la cita de autores (por ejemplo Balzac), la cita de obras literarias famosas de la literatura universal (*Eugenia Grandet*, de Balzac; poesías de Verlaine, odas latinas), la alusión o remisión, por vía temática o estilística (odas latinas, Borges). Esta diversidad de citas, la mayoría propias de la literatura europea, se presenta como una concreción de aquella nostalgia por Europa y su cultura, subyacente a la trama del relato.

Susana Rodríguez afirma:

“Bellone logra captar en su novela el extrañamiento del inmigrante que, puesto a sopesar su tradición cultural italiana frente a la local, sólo puede escalar posiciones sociales más aventajadas si ofrece a sus hijas una educación acorde a las convenciones del medio” (Rodríguez 2004: 95-96)

En este fragmento se subraya la obstinación del padre con respecto al aprendizaje del francés como sinónimo de valor a heredar por su descendencia, a la par de su objetivo de relegar el uso del italiano, por considerarlo signo de extranjería y retroceso:

“Papá decía que el colegio les dará el refinamiento necesario. En el colegio les enseñan francés porque *l’education, hijas, l’education*³. A veces yo pensaba que papá insistía en que aprendiéramos francés con la misma obstinación con que nos negaba la posibilidad de enseñarnos italiano, a pesar de que lo hablaba todavía con mamá”. (60-61)

Cornejo-Polar (1996) afirma que el discurso del migrante es un discurso descentrado, en cuanto se construye a partir de ejes asimétricos y que no dialogan entre sí. Stuart Hall (1999:134), por su parte, define a la identidad como algo que está produciéndose continuamente, atendiendo al pasado y sobre todo al presente, “un asunto de llegar a ser”. Vemos, en el caso de estas novelas, hasta qué punto la identidad se presenta fragmentada y encuentra diferentes caminos para su expresión: en el caso de la novela de Tizón, se distingue una negación de toda procedencia y de toda identidad; en Bellone, se asiste a la búsqueda de esa identidad en símbolos y en recuerdos que actúen a manera de puente inquebrantable entre la tierra nueva y la cultura europea. Lo curioso en *Augustus* es que ese nexo entre los dos mundos se busque en la historia y la cultura europea en sus múltiples facetas y no haya específicamente una exaltación del propio país de origen. En esta novela, Francia y Buenos Aires representan, en la conciencia de los personajes, mayor prestigio que Italia, que pierde valor por su condición de tierra expulsora. Podemos decir que en la novela de Bellone existe una memoria “hacia adentro”, que consiste en poner a Italia en primer plano sólo en las charlas familiares y cotidianas, pero lo que se muestra públicamente, es decir, el “hacia afuera”, aparece ligado a otros lugares de mayor centralidad en el imaginario norteamericano.

El proceso de constitución de la identidad nunca ocurre desligado de la representación, y siempre está vinculado con la práctica discursiva. De acuerdo con Stuart Hall, “las identidades son los nombres que les damos a las diferentes formas en las que estamos posicionados, y dentro de las que nosotros mismos nos posicionamos, a través de las narrativas del pasado” (2003: 134). Es decir que el relato y la memoria forman parte constitutiva e insoslayable en la construcción de la identidad.

Con respecto a la memoria, precisamente, Giovanni, en *Luz de las crueles provincias*, no se permite atisbos de recuerdos, porque afirma que la memoria hace daño: “Pero no quiso seguir recordando. Oscuramente intuía que la memoria era un veneno, que sólo sirve para ablandar la entereza de los hombres y que únicamente se la podrán permitir las mujeres, que por eso lloran en silencio, de sólo estar”. (103)

³ Las cursivas son del texto original.

Rossana también huye constantemente de los recuerdos y, cuando un día encuentra el viejo baúl con el que Giovanni y ella llegaron de Italia, “no quiso sentir que aquello fuera como una vida vieja y ajena y queriendo no querer, buscando que el olvido fuese menos henchido que la vida que debía vivir y que todos debían vivir, salió apresuradamente de aquella habitación” (163). Los personajes de la novela de Tizón, desde Giovanni, el padre, hasta Juan, el hijo juez que un día llega a ser un notable del lugar, tienen vidas caracterizadas por las pérdidas: la tierra, los familiares, los amigos, los amores. Como la memoria está llena de afectos que no volverán, la memoria es enemiga y debe evitarse. En cambio, en la novela de Bellone, la memoria “hacia adentro” es justamente aquel espacio en el que existe una posibilidad de salvación. El padre va en busca de los recuerdos y anhela rodearse de sus semejantes. En un fragmento de la novela, se hace referencia a una familia de artistas circenses, de apellido Ferri, que llegan al pueblo de Campo Santo y se convierten en grandes amigos del padre, justamente por compartir la añoranza hacia la tierra lejana.

“Andariegos pobres, los Ferri amaban, como papá, *il vino rosso*, el pato asado, los duraznos de Verona y las frutillas. Papá no se cansaba de repetir que los Ferri son artistas de alma, así como los artistas trashumantes de la Edad Media, los artistas que a él le traían reminiscencias de Venecia- *la commedia boga y boga por los canales de Venecia ruinosa lasciva hundiéndose en la sensualidad del estuco del mármol de la piedra- oh Pierrot- la luna Colombina*”. (30-31)

La nostalgia y el echar de menos aparecen también por parte de la generación anterior, cuando en un episodio onírico, la hermana dice haber hablado con el abuelo italiano:

“El abuelo apenas puede sostenerse y lo llevan de un lado a otro en una silla que parece un trono, pero cuando alcanzó a verme me preguntó *cómo están mi Giovanni y María, il mio figlio e la mia figlia nell Argentina lontana e anche amata*. Yo intenté contestarle pero tenía un nudo en la garganta (...)” (34-35)

En otros personajes, como las primas Lucía y Eugenia, se observa la añoranza del país abandonado, junto a la no adaptación al nuevo suelo:

“A veces papá recordaba que su hermano Battista Campassi decía que no podía quedarse aquí porque a Lucía y a Eugenia no les gustaba. [...]... además aseguraban que se iban a morir de pena si no regresaban a Italia aunque las montañas azules y frescas del valle les evocaban los paisajes de Piamonte”. (37)

El padre, en cambio, es el inmigrante extrañado en el nuevo suelo pero que hace esfuerzos por integrarse, e incluso llega a imponerse ciertas pautas para reforzar la convivencia en el país extraño: “Entonces fue señor de cien carruajes, de mil peones, de infinitos cañaverales

y comenzó a hacerse llamar Juan Campassi, en lugar de Giovanni Campassi, porque así debe ser, hijas, decía, por amor a la Argentina". (43)

La inmigración en *Augustus* aparece como herencia, como marca arraigada en las conciencias de los hijos de los inmigrantes. En un momento, Elena, la protagonista, dice que su soledad y su estatismo ante la vida se deben al hecho de pertenecer a la cultura legada por el padre ya ausente:

"(...) desde las notas del piano, Clara, desde las conversaciones con Roberto, desde el recuerdo de papá y desde la nieve de Piamonte que él nos transmitió y que nos heló para siempre en este confín de cigarras y ceibos que él quiso conquistar. Pobre papá, si hubiese sabido que aquel día cuando salió de Génova traía detrás de sí el hilo de las generaciones que nos ataría a la patria que él dejaba y que por toda la eternidad nos ataría a vos y a mí a la desdicha". (95)

A través de la memoria- escritura de quien narra, se inscribe la historia social y se desajustan las correspondencias entre oposiciones fijas, ya que lo que el padre inmigrante define como bárbaro (el campo, los peones), es lo que fascina a las herederas, y lo que las termina condenando a la soledad y a la ruina de la familia. En el caso de la protagonista de *Augustus*, se advierte un intento de reconocimiento con la cultura europea, pero que fracasa porque definitivamente es un territorio que le es ajeno y, por otro parte, también encuentra negación y frustración cuando vuelve su mirada hacia lo bárbaro, hacia lo criollo en este caso. Su amor por Ángel Iriarte no puede concretarse porque éste elige a una mujer de características asociadas al campo y a la barbarie, una mujer con la que halla correspondencia por los lazos de origen y por las costumbres: "Ella era lo que yo no era. Ella era la tenebrosa madre que Ángel no tenía, era la noche y el aroma de jaguar y monte que deseaba Iriarte porque conmigo era distinto (...)" (94)

En *Augustus*, Elena, por su posición de extranjera, sufre el rechazo de su amado, quien preferirá a una mujer representativa de lo propio, de esa barbarie local que lo identifica. De esta manera, la felicidad de la protagonista queda completamente escindida, ya que no puede hallarla en los parámetros de la cultura occidental que es, en fin, sólo un conjunto de recuerdos y valores simbólicos heredados. A su vez, cuando la búsqueda de esa felicidad se realiza mediante una vuelta hacia lo criollo y lo bárbaro, la protagonista es rechazada por su extranjería. Su identidad, por encabalgarse entre dos mundos, sufre embates de parte de uno y de otro, sin poder encontrar un lugar y ocasionando angustia constante.

Como mencionamos, una de las búsquedas frustradas de Elena consiste en reconocerse en la historia y en la tradición cultural europea. Se rescata el pasado, y con él los fundamentos

de una episteme y una cultura, y se lo lee desde otro lugar, resemantizándolo, para indagar, redescubrir, los fundamentos de un desarrollo, tanto interior como exterior. La reflexión acerca de los orígenes deriva en un reconocerse en la cultura italiana y europea, pero a la vez plantear el conflicto que supone la convivencia de tal cultura, paradigma de la “civilización”, con la “barbarie” propia del suelo argentino, y salteño en este caso.

Los recuerdos forman parte de la búsqueda de definición identitaria que enfrenta el personaje ante la situación de extrañamiento y de no pertenencia cultural cuya causa principal radica en saberse parte de un pequeño pueblo del interior del país, arraigado en el atraso, situación que vive como alienante frente a la añoranza de una Europa cosmopolita e instruida, que nunca conoció. Campo Santo termina significando el lugar de la perdición, el lugar del estancamiento y de la imposibilidad de síntesis entre culturas dispares.

La percepción de los lugares, en ambas novelas, es negativo. Los espacios, generalmente representados por las casas de campo, son tristes, silenciosos, desolados. En la gran casa en medio de las montañas, la del “propietario”, se siente la soledad y el silencio, el desamparo del sitio al que nadie llega y del cual todos quieren alejarse. Juan, el peón con el que se encuentra Giovanni al arribar al pueblo, dice: “Todos hemos nacido aquí” (...) “Muchos se van y nadie viene... sólo usted” (85), y más adelante sentencia: “doy gracias a Dios por tres cosas: ser hombre y no bestia de carga, ser hombre y no mujer, ser de esta tierra y no forastero” (88). El campo no es el mejor lugar para vivir, es alienante y aplastante, pero es mejor “ser” de ese lugar antes que ser un extraño.

Cornejo- Polar (1996), se refiere también a las migraciones desde el campo a la ciudad, y señala que

“(…) desde muy antiguo hasta hoy existe algo así como una retórica de la migración que pone énfasis en sentimientos de desgarramiento y nostalgia y que normalmente comprende el punto de llegada- la ciudad- como un espacio hostil, aunque de algún modo fascinante o simplemente necesario, a la vez que sitúa en el origen campesino una posibilidad casi sin fisuras, con frecuencia vinculada a una naturaleza que es señal de plenitud y signo de identidades primordiales” (1996: 839).

En los relatos que abordamos, la situación es contraria, ya que lejos de manifestarse una alabanza del campo, se muestran sus aspectos negativos y su poder de absorción y enajenación. Elena, la protagonista de *Augustus*, no puede irse nunca de Campo Santo y Juan, el juez de *Luz de las crueles provincias*, ante el retorno de su hija, dice “al final nadie puede escapar de esta tierra, de esta luz, de la memoria de estas crueles provincias” (260).

Por otra parte, podemos relacionar la identificación del campo con la naturaleza y con la plenitud de la que habla Cornejo-Polar, con la “inocencia” del campo de la que habla Raymond Williams: “El campo atrajo sobre sí la idea de un estilo de vida natural: de paz, de inocencia y virtud simple. Mientras que la ciudad fue concebida como un centro de progreso: de erudición, de comunicación, de luces” (Williams 2011:25) Para Williams, “Un campo en actividad productiva, casi nunca es un paisaje” (2011: 163), debido a que sólo ante la mirada de un observador externo que no sufre la vida dura del trabajo campestre, el paisaje se construye. Si pensamos en los contextos de *Luz de las crueles provincias* y de *Augustus* a la luz de estas consideraciones, podemos alegar que la mirada adversa sobre el campo, subyacente en ambas novelas, deviene de la ausencia de ese observador externo y no involucrado. Tanto en uno como en otro texto se despliegan vidas de familias cuya causa de radicación en el paisaje campestre es la necesidad de trabajo y no precisamente la admiración de ese paisaje. El campo pierde aquí su condición de inocencia y plenitud; es trabajo y sufrimiento, es lo impuesto y lo ajeno.

Finalmente, observamos que esa búsqueda identitaria no resuelta, ese desgarramiento del sujeto migrante, se percibe en ambos casos como una herencia. La herida de haber sido trasplantado es lo que marcará el camino de todos los integrantes de la familia, como un destino trágico, sin llegar a resolverse a pesar del tiempo y los aconteceres.

Conclusiones

La crisis identitaria de los personajes se visualiza de manera diversa en cada una de estas novelas. En *Augustus* se advierte una ligazón indudable con la tierra madre, con Italia, y más aún con Europa, sus lenguas y sus costumbres. En *Luz de las crueles provincias*, en cambio, hay una negación de ese vínculo con el país de origen, y los sujetos están completamente enajenados, en un lugar otro que, para ellos mismos, no es ningún lugar. Los conflictos identitarios buscarían resolverse, en *Augustus*, con una vuelta al pasado y a Europa como símbolo y, en *Luz de las crueles provincias*, habría en cambio una negación del origen y una aceptación del nuevo lugar asociada a cierto fatalismo, al hecho de estar pero sin asumir ninguna pertenencia. Se podría decir que la búsqueda identitaria, en el caso de esta última novela, pretende resolverse mediante la negación y la borradura de toda marca identitaria.

De igual manera, vemos cómo en *Augustus* hay un fluir de la memoria como principio constructor de la trama y, en cambio, en la novela de Tizón hay una negación de la

memoria misma, que se relaciona estrechamente, por supuesto, con la negación de la búsqueda identitaria.

Estos dos puntos de vistas bien pueden ser vistos como una misma expresión de dolor típica del sentir del exiliado si nos atenemos a las afirmaciones del propio Tizón en *El resplandor de la hoguera* (2008):

La vida surge de la tierra, lo viviente está atado a ella, a la madre.

El exiliado es su hijo que debe repudiar a la madre, casi siempre por amor desproporcionado, nunca por desgano e indiferencia; el odio es un amor apasionado.

El hijo que más ama a la madre es el que está lejano, alejado, ajenizado. (42)

Esa negación de la memoria, subyacente en los personajes de *Luz de las crueles provincias*, no sería más que una declaración de ese amor desproporcionado hacia la madre lejana y perdida.

Las novelas leídas proponen, entonces, la reflexión acerca de una imperiosa necesidad de definir y conformar la identidad de un sujeto heredero de una cultura profundamente herida por la inmigración. Las novelas muestran, en fin, las estrategias de búsqueda personal y colectiva a la que recurrieron los inmigrantes italianos que se alejaban de su cultura y de su idioma para “perdersé” en algún pequeño pueblo del norte de la Argentina. Ambos textos permiten la reflexión sobre el lugar de Europa en la historia argentina y en la historia del noroeste, y abren camino para pensar en los avatares, aciertos y contradicciones que subyacen a la búsqueda identitaria de aquellos inmigrantes que vieron, muy lejos del puerto y la gran metrópoli, la posibilidad o necesidad de vivir en las provincias del Norte, es decir, en palabras de Tizón, en estas “crueles provincias”.

Bibliografía:

BELLONE, Liliana (1999) *Augustus*. Salta: Ediciones del Robledal.

CORNEJO-POLAR, Antonio. (1996) “Una heterogeneidad no dialéctica: Sujeto y discursos migrantes en el Perú moderno”, en *Revista Iberoamericana* Vol. LXII, n° 176-177. Julio-diciembre, 1996. 837-844 (Versión digital en <http://www.cholonautas.edu.pe/modulo/upload/corn.pdf>)

GENETTE, Gerárd. (1989) *Palimpsestos. La literatura en segundo grado*. Madrid: Taurus.

HALL, Stuart (2003) “Introducción. ¿Quién necesita identidad?” en Hall, S. y Du Guy, P. (comps.) *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires: Amorrortu.

RODRÍGUEZ, Susana (2004) “Políticas de lectura. Contratos y polémicas” en MOYANO, Elisa (coord.) *La literatura de Salta*. Salta: Universidad Nacional de Salta.

TIZÓN, Héctor (2002) *Luz de las crueles provincias*. Buenos Aires: Alfaguara.

TIZÓN, Héctor (2008) *El resplandor de la hoguera. Fragmentos de una vida*. Buenos Aires: Alfaguara.

WILLIAMS, Raymond (2011) *El campo y la ciudad*. Buenos Aires: Paidós.